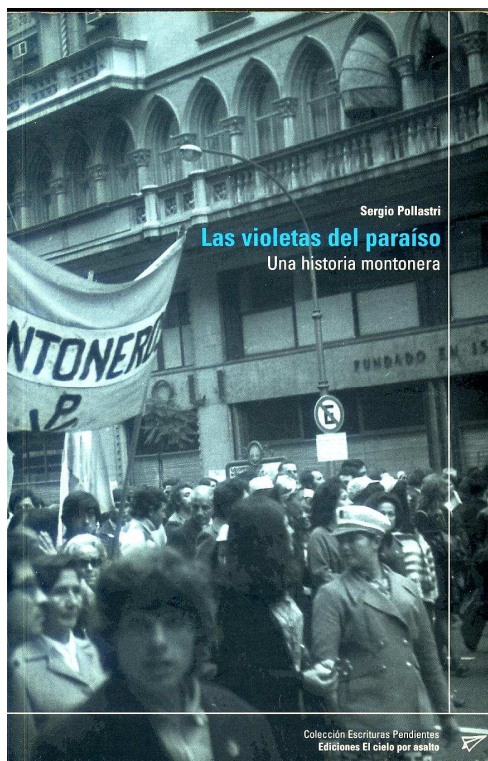


Las violetas del paraíso. Una historia montonera. Sergio Pollastri. BsAs.
2003. Ediciones El Cielo por Asalto, 419 págs.



Presentación en ATE – Anfiteatro Eva Perón
3 de diciembre de 2003

Se sabe que a partir de la caída del gobierno constitucional de Juan Domingo Perón en setiembre de 1955 comienza a gestarse en Argentina una espiral de violencia política y social que tiene por origen no solamente ese golpe de Estado antipopular y oligárquico, sino también una serie de acciones punitivas, represivas y vengativas sin parangón en toda nuestra historia.

Sólo basta con recordar los bombardeos de marinos y aviadores antiperonistas a Plaza de Mayo en junio de 1955, tres meses antes de la asonada militar. Unico caso en que las fuerzas armadas de un país arrojan toneladas de bombas sobre sus connacionales a cielo abierto, a traición y por supuesto, sin ningún tipo de aviso previo. Súmese a ello el robo del cadáver de Evita y su posterior

ocultamiento por más de 15 años. Recuérdese así mismo los fusilamientos de obreros y militares peronistas en junio de 1956 a modo de escarmiento.

Con el mayor partido de masas proscrito en Argentina, con una caricatura de democracia que no funciona y con los militares, el verdadero poder detrás del trono, monitoreando la situación y siguiendo las precisas directivas del imperialismo yanqui y el FMI; se incorpora a la lucha toda una generación de jóvenes argentinos que están decididos a dejar la vida para que este “status quo” injusto y discriminante cambie de una vez y para siempre.

Está claro que no quieren ser partícipes pasivos de la desintegración nacional que se avecina. Por supuesto, desconfían y aborrecen de esa democracia “liberal” que solamente ha logrado hundir aún más la nación para poder hacer excelentes negocios personales en perjuicio del común de la gente.

Por eso, a principios de los 60 los muchachos de la Tacuara revolucionaria rubricarán sus acciones y sus escritos con un “Volveremos vencedores o muertos”. Más adelante en el tiempo, los seguidores de Fidel y El Che dirán “Patria o Muerte”; los jóvenes del PRT-ERP irán al combate con su grito de guerra: “A vencer o morir por la Argentina” y los pibes de la Juventud Peronista alborotarán el país de punta a punta con su “Perón o Muerte. Viva la Patria”.

Ahora bien, una pregunta me asalta desde siempre, desde hace más de tres décadas. Clara, concisa, punzante, vuelve a través de los tiempos para instalarse en mi mente. La ayudan mis oídos y mis ojos que fueron privilegiados testigos de lo acontecido cuando yo tenía un poco más que veinte años.

Cantidad de situaciones que me han ocurrido, suelen perderse en los pliegues de mi edad, otras ni merecen recordarse porque no aportan nada sustancial. Pero esta pregunta, debo reconocer, siempre vuelve, porque es parte de algo importante de mi vida o quizá tiene desmesurada importancia, simplemente porque no tiene respuesta concreta y eso me permite alargarla, potenciarla, enriquecerla –o en otras palabras- fantasear hasta el infinito.

Mi inquietud es la siguiente. ¿Cómo hubiera sido una sociedad; nuestra nación; la anhelada patria justa, libre y soberana, gobernada por aquellos pibes llenos de pureza y decisión revolucionaria que gritaban a todo pulmón **“¡Qué lindo, qué lindo que va ser, el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel!”**.

Muchachitos entre 15 y 25 años (vale aclararlo, repetirlo) que salieron a pelear contra las dictaduras de turno y contra la traición. Recuerdo: las dictaduras militares de Onganía, Levingston, Lanusse y Videla. Marco a fuego: La traición de una buena parte del tercer gobierno peronista.

Vienen a mi mente, párrafos de aquella carta que Jorge Escribano –militante peronista montonero- escribió a sus padres poco antes de morir en un enfrentamiento con la policía el 29 de mayo de 1972. Allí les decía:

“Yo creo que la situación es injusta, que hay un pueblo explotado, que hay que cambiar de una vez por todas esta sociedad, donde un billete de mil pesos vale más que un niño... No basta con que me lamente o con sacar solicitudes en los diarios; porque es muy fácil lavarse la conciencia en esa forma, pero a los que viven en las villas, no les damos de comer con exclamar ‘pobre gente’. La solidaridad, la verdadera solidaridad con el que sufre, se da tratando de poner el hombro a su lado. Y los ideales tienen validez cuando los hacemos valer, aunque nos cueste la vida.

(...) Sabemos que la lucha es larga y que vamos a quedar muchos en el camino, pero lo importante es colocar la semilla para que nuestros hijos tengan un mundo mejor donde vivir, una sociedad donde el hombre sea hermano del hombre.

(...) Si algún día llegan a entender bien o a sentir como propio lo que yo elegí, pienso que se quedarán bastante tranquilos o al menos, de alguna forma, llegarán a ser felices como yo, no porque me haga feliz hacer esta vida, sino por la inmensa alegría de saber que todavía somos capaces de hacer algo por nuestro prójimo. Creo que lo más importante no es pensar si hoy o mañana nos vamos a morir, sino pensar cada noche si durante el día hicimos todo lo posible para seguir construyéndonos como hombres, como seres humanos”.

No es casual, que el único que los reconoció y los reivindicó públicamente a todos estos muchachos, fue echado más tarde del Partido Justicialista conjuntamente con otros pocos dignos.

“Y en los momentos decisivos, una juventud maravillosa supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con la decisión y el coraje de las más vibrantes epopeyas nacionales, a la pasión ciega y enfermiza de una

oligarquía delirante. ¡Cómo no ha de pertenecer también a esa juventud este triunfo, si lo dio todo –familia, amigos, hacienda, hasta la vida- por el ideal de una Patria Justicialista!’. Héctor J. Cámpora. Mensaje ante la Asamblea legislativa. 25 de mayo de 1973.

Vuelvo a mi pregunta; sigo sin tener respuesta. Pero al menos ahora tengo esta novela entre mis manos, de Sergio Pollastri joven militante de la época, como para ir desandando el camino y construyendo la historia reciente.

Rodolfo Walsh, con acierto, le decía en una entrevista a Ricardo Piglia allá por marzo de 1970, que él era reacio a escribir una novela por la simple razón **“que la denuncia traducida al arte de la novela se vuelve inofensiva, no molesta para nada, es decir se sacraliza como arte”**. Pero aclaraba, explicaba, y dejaba abierto un resquicio: **“Vos tenés que hablar, tenés que decir (...) De todos modos no es tarea para un solo tipo, es una tarea para muchos tipos, para una generación, volver a convertir la novela en un vehículo subversivo, si es que alguna vez lo fue. Desde los comienzos de la burguesía, la literatura de ficción desempeñó un importante papel subversivo que no hoy no está desempeñando, pero tiene que existir maneras de que vuelva a desempeñarlo. Entonces, en ese caso, habrá una justificación para el novelista en la medida en que se demuestre que sus libros mueven, subvierten”**.

Da la sensación que esa generación ha comenzado a andar. He aquí la importancia de la novela de Pollastri que estoy prologando. Porque ésta sí que mueve y subvierte. Mueve la mente; subvierte el orden caduco e injusto que predomina desde siempre en nuestro país, salvo honrosas excepciones, mínimas en el tiempo. Pero además de mover y subvertir entrega un plus, un valor agregado, que se traduce en el “climax” y la ambientación que logra en el pulido relato que nos presenta.

Cualquiera que haya vivido esa época encontrará en esta novela el más fiel reflejo de lo ocurrido en aquellos tiempos: volverán a su recuerdo, perfumes, olores, sensaciones, dichos, giros, modismos, premisas, apotegmas, principios de toda un época signada por la entrega y el sacrificio

Quienes no la hayan vivido pero quieren saber como fue aquello, tienen aquí una excelente oportunidad para adentrarse en ese mundo de una “juventud maravillosa” que peleó a muerte por el retorno de su Líder a nuestra Patria; que luego de la noche a la mañana pasó a ser “estúpida” e “imberbe” para

aquel que –paradójicamente- se había beneficiado directamente con su lucha, pero aún así y pese a todo, (ella/ellos/el conjunto), continuaron levantando las banderas revolucionarias del socialismo nacional y el peronismo revolucionario. Con el golpe del '76 el objetivo fue aniquilarla porque era “subversiva y apátrida” y resistía a la dictadura militar en pos de banderas de liberación y contra toda dependencia imperialista. Luego de 1983, con la vuelta de la democracia, pagó el precio de los derrotados momentáneamente: y entonces fue “desaparecida”, negada y olvidada por una caterva de cretinos encabezada por oportunistas, quebrados y arrepentidos.

Recuerdo un hecho que quiero compartir con Ustedes porque creo marca con creces la estatura moral, la dignidad y la entrega de una generación como ésta, aún en momentos límites.

Graciela María de los Milagros Doldán era una militante montonera, compañera del “Negro” José Sabino Navarro – un histórico de la Organización- y luego del golpe de Videla estaba secuestrada-desaparecida en Córdoba, en el campo de concentración clandestino de La Perla.

El relato que transcribo es de una sobreviviente del mismo, Graciela Geuna, militante de la Juventud Universitaria Peronista en esa provincia, que dio testimonio el 1º de agosto de 1985 ante el juez León Arslanián.

Cuenta Geuna: “El 17 ó 18 de febrero de 1977, Graciela Doldán me dijo: me ‘trasladan’ hoy. Me lo dijo Vergara (por Carlos Alberto Vega, un represor)

(todos sabemos lo que quería decir la palabra “trasladar”...)

Le pregunté si iba a dormir la siesta y me dijo que no; son mis últimas horas de vida, quiero pensar. A las tres de la tarde la llamaron, hizo una sonrisa grande, hermosa, saludó con la mano en V y salió hacia las oficinas. Nunca más la vi. Yo tenía lágrimas en la garganta, en todo el cuerpo, pero no en los ojos.

Ese mismo día, González, -otro represor militar- contó que la habían fusilado a la Graciela. Contó que ella pidió que la fusilen sin venda, sin mordaza y sin maniatar. Dijo que ella no se iba a escapar pero que quería morir viendo el sol y el cielo. Según el capitán González, se lo concedieron. También se fumó su último cigarrillo.

Antes de que tiraran, Graciela María de los Milagros Doldán pidió al Mayor que dirigió el fusilamiento despedirse de él, le dio la mano, un abrazo y le dijo: **‘Sos el último ser humano que voy a ver antes de morir y aunque vos no lo sepas sos un ser humano y para mí es importante, porque me estoy despidiendo de la humanidad’**.

Me dijo González –añade Geuna- que ese Mayor volvió al Destacamento 141 llorando y diciendo que no quería participar más de un fusilamiento”.

Evidentemente, Graciela le ganó la última batalla de su vida, en inferioridad de condiciones y totalmente sola y desarmada, nada más que con su grandeza.

Graciela Doldán, Jorge Escribano y miles más; vuelven, siempre vuelven. Porque son el pueblo, son la vida, son el ejemplo viviente de la mejor generación de jóvenes, que sin lugar a dudas tuvo nuestra Patria.

Leyendo ésta excelente novela de Sergio Pollastri, tendremos –a no dudar- mayores argumentos para sostener esto.

Roberto Baschetti